

NORA ROBERTS

El esperadísimo final de la serie
«Bahía de Chesapeake»



LA BAHÍA
AZUL

Seth era un muchacho díscolo y retraído cuando a los diez años fue adoptado por Ray Quinn, viudo y casi un anciano. Con el paso del tiempo el cuarto Quinn se ha convertido en un pintor de prestigio y, tras una estancia en Europa, vuelve al pequeño pueblo costero donde sus hermanostíos, Cam, Ethan y Phillip, junto a sus esposas e hijos, regentan un negocio de construcción de veleros.

Finalmente, en una casita blanca y azul, en la que nunca falta una hamaca en el porche y un perro en el jardín, Seth parece haber encontrado la paz con su peculiar familia adoptiva. Allí vive un apasionado amor con una joven... hasta que su madre biológica se interpone de nuevo en su camino.

Para todas las lectoras que me han preguntado:
«¿Cuándo vas a contarnos la historia de Seth?».

NORA ROBERTS

1

Volvía a casa. La orilla oriental de Maryland era un inundo de marisma y lodazal, de amplios campos sembrados de cosechas en surcos derechos como soldados. Eran canales de drenaje con abruptos ribazos y secretos arroyos de marea donde se alimentaba la garceta.

Era la Bahía de Chesapeake y el cangrejo azul, y los hombres de mar que lo capturaban.

Al margen de dónde hubiera vivido en los miserables diez primeros años de su vida o en los últimos a medida que se aproximaba a la treintena, sólo la orilla oriental, había sido un hogar para él.

Contaba ese hogar con múltiples aspectos, con recuerdos sin número, y cada uno de ellos permanecía en su mente con un brillo tan resplandeciente como el sol que se reflejaba en el agua de la Bahía.

Mientras la cruzaba en coche por el puente, su ojo de artista deseó captar aquel instante: el azul profundo del agua y las embarcaciones que se deslizaban por su superficie, las rápidas olas blancas y el descenso en picado de las avaras gaviotas. El modo en que la tierra rozaba el borde y lo rebasaba con sus tonos marrones y verdes. Las hojas de los robles y los eucaliptos, cada vez más abundantes, y esos reflejos de color, flores que disfrutaban de la calidez de la primavera.

Deseaba recordar aquel instante como recordaba la primera vez que cruzó la Bahía hasta la orilla oriental, cuando

era un muchacho asustado y triste junto a un hombre que le había prometido una vida.

Iba en el asiento del copiloto, con el hombre al que apenas conocía sentado al volante. Lo único que poseía era la ropa que llevaba y unas pocas cosas que guardaba en una bolsa de papel.

Tenía el estómago atenazado por los nervios, pero había compuesto lo que creía un gesto aburrido y miraba por la ventanilla.

Mientras estuviera con el viejo, no estaba con ella. Eso era lo mejor que le podía pasar.

Además, el viejo era guay.

No olía a alcohol ni a las pastillas de menta que usaban para disimularlo algunos de los capullos que Gloria llevaba a la mierda de casa donde vivían. Y las dos veces que se vieron, el viejo, Ray, le había comprado una hamburguesa o una pizza.

Y había hablado con él.

Los adultos, según su experiencia, no hablaban con los niños. Peroraban esperando que los niños escuchasen, charlaban sobre ellos o en contra de ellos. Pero no con ellos.

Ray sí. Y además escuchaba. Y cuando le preguntó, directamente, siendo apenas un niño, si quería vivir con él, no sintió aquel miedo que le estrangulaba ni un pánico ardiente. Había sentido que quizá, sólo quizá, su suerte estaba cambiando.

Se alejaba de ella. Eso era lo mejor. Cuanto más durara el viaje, más se alejaban de ella.

Si las cosas se pusieran feas, podía huir. El hombre era muy viejo. Era grande, grande de verdad, pero viejo. Con todo aquel pelo blanco y aquel rostro ancho y lleno de arrugas.

Le miró de reojo, a hurtadillas, mientras comenzaba a dibujar su rostro mentalmente.

Tenía los ojos muy azules y aquello resultaba bastante extraño, porque los suyos también lo eran.

Además su voz era potente, pero cuando hablaba no parecía que gritase. Era una voz serena, puede que incluso con un deje de cansancio.

En aquel momento, sin duda tenía un aspecto fatigado.

—Ya casi hemos llegado —comentó Ray mientras se acercaban al puente—. ¿Tienes hambre?

—No sé, supongo que sí.

—Según mi experiencia, los chicos siempre tienen hambre. He criado a tres que eran verdaderos pozos sin fondo.

Su voz poderosa contenía una nota de alegría, pero sonaba forzada. Puede que el chico sólo tuviera diez años escasos, pero sabía reconocer la falsedad.

«Ya estamos bastante lejos», pensó. Por si tenía que huir. Así que pondría las cartas boca arriba y vería qué coño pasaba.

—¿Cómo es que me llevas a tu casa?

—Porque necesitas una casa.

—¡Anda ya! La gente no hace ese tipo de cosas.

—Algunas personas sí. Mi esposa Stella y yo hacíamos ese tipo de cosas.

—¿Le has dicho a ella que me llevas?

Ray sonrió, pero había cierta tristeza en su gesto.

—A mi manera. Stella murió hace un tiempo. Te habría gustado. Y ella te habría echado un vistazo y se habría subido las mangas hasta los codos.

No supo qué contestar a aquello.

—¿Y qué se supone que debo hacer cuando lleguemos a donde vamos?

—Vivir —le dijo Ray—. Ser un niño. Ir a la escuela, meterte en líos. Te enseñaré a navegar.

—¿En un barco?

Entonces Ray se echó a reír, con un sonido estruendoso que llenó el vehículo y que, por razones que el muchacho no pudo comprender, le desató los nervios del estómago.

—En un barco, pues claro. Tengo un cachorro tonto, a mí siempre me tocan los tontos, al que estoy tratando de enseñar. Me puedes echar una mano. Tendrás algunas tareas que hacer, ya lo veremos. Fijaremos las reglas y tú las cumplirás. No te creas que, porque soy un viejo, te puedes pasar conmigo.

—Le has dado dinero.

Ray apartó un momento la vista de la carretera y la fijó en unos ojos del mismo color que los suyos.

—Sí. Eso es lo que ella entiende, por lo que puedo ver. A ti nunca te ha comprendido, ¿verdad, chaval?

Algo se iba arremolinando en su interior, una tormenta que aún no reconocía como esperanza.

—Si te mosqueas conmigo, te cansas de tenerme aquí o cambias de opinión, me mandarás de vuelta. Pero no voy a volver.

Ya habían pasado el puente y Ray arrimó el coche al arcén y se giró en el asiento hasta que estuvieron frente a frente.

—Seguro que me mosqueo contigo y, a mi edad, claro que me canso de vez en cuando. Pero te voy a hacer una promesa, aquí y ahora: no te voy a mandar de vuelta. Te doy mi palabra.

—Si ella...

—No voy a dejar que te recoja —dijo Ray, adelantándose—. Da igual lo que tenga que hacer. Ahora me pertences. Eres parte de mi familia. Y te vas a quedar conmigo mientras así lo desees. Cuando un Quinn hace una promesa —añadió, extendiendo una mano—, la cumple.

Seth miró la mano que se le ofrecía y alzó la suya, húmeda.

—No me gusta que me toquen.

Ray asintió.

—Vale. Pero aun así, tienes mi palabra.

Volvió a la carretera y lanzó una última mirada al chico.

—Casi hemos llegado —dijo una vez más.

A los pocos meses, Ray murió, pero mantuvo su palabra. La mantuvo por medio de los tres hombres a los que había hecho hijos suyos. Ésos hombres le dieron una vida a un muchacho esquelético, infeliz y desconfiado.

Le proporcionaron un hogar y le hicieron un hombre.

Cameron, el gitano nervioso y de genio vivo; Ethan, el hombre de mar firme y paciente; Phillip, el ejecutivo elegante y de mente aguda. Todos le apoyaron y lucharon por él. Le salvaron.

Sus hermanos.

La luz dorada del sol tardío hacía brillar la hierba de la marisma, los humedales, los campos llanos de cosechas en surcos. Con las ventanillas bajadas, captó el perfume del agua mientras rodeaba la pequeña localidad de St. Christopher.

Había pensado en pasarse por el pueblo y dirigirse primero al viejo astillero de ladrillo. Barcos Quinn seguía construyendo embarcaciones de madera por encargo y, en los dieciocho años transcurridos desde que se montó el negocio, basado en un sueño, en la astucia y el sudor, se había labrado una fama merecida por su calidad y su buena factura.

Seguro que estaban allí, incluso en aquel momento. Cam estaría maldiciendo mientras remataba algún trabajo fino en un camarote. Ethan estaría solapando tablas serenamente. Arriba, en la oficina, Phil estaría diseñando una campaña publicitaria de lo más llamativa.

Podría pasar por Crawford's y pillar unas cervezas. Tal vez se tomaran todos juntos una fría, aunque lo más probable era que Cam le lanzase un martillo y le dijera que moviera el culo.

Eso le gustaría, pero no era lo que le atraía en este momento. No era lo que le empujaba por la estrecha carretera rural, junto a la cual la marisma surgía de las sombras bordeada de árboles cuyos troncos retorcidos mostraban hojas con el verdor brillante de mayo.

De todos los lugares que había visto, las majestuosas cúpulas y agujas de Florencia, la recargada belleza de París, las asombrosas colinas verdes de Irlanda, nada le había quitado el aliento y le había colmado el corazón como la vieja casa blanca con su suave y gastado remate azul, asentada en mitad de un césped desigual que descendía hasta el agua tranquila.

Aparcó en el sendero, detrás del viejo Corvette blanco que había pertenecido a Stella y Ray Quinn. El vehículo tenía el mismo aspecto reluciente que el día que salió del concesionario. Eso era cosa de Cam, pensó. Seguro que éste decía que era cuestión de mostrar el debido respeto a un vehículo excepcional. Pero en realidad tenía que ver con Ray y Stella, con la familia. Tenía que ver con el amor.

El lilo del patio delantero estaba cubierto de flor. Aquello también tenía que ver con el amor, pensó. Le había regalado el pequeño arbusto a Anna el Día de la Madre cuando él tenía doce años.

Ella lloró. Sus grandes y bellos ojos castaños estaban inundados de lágrimas, pero rio y se las enjugó mientras Cam y él lo plantaban para ella.

Anna era la esposa de Cam, lo que la convertía en su hermana. Pero en su interior, donde importaba, pensó en aquel momento, ella era su madre.

Los Quinn sabían mucho de lo que pasaba en el interior.

Bajó del coche a la maravillosa quietud. Ya no era un muchacho flaco con los pies demasiado grandes y una mirada de desconfianza.

Había crecido de modo acorde con esos pies. Medía un metro ochenta y tenía una constitución delgada. Si se descuidaba, podía parecer desgarrado. El cabello se le había

oscurecido y era más un castaño bronce que el rubio oscuro de las greñas de su infancia. También tendía a desatenderlo y, al pasarse una mano en aquel momento, hizo una mueca, pues recordó su intención de cortárselo antes de salir de Roma.

Los chicos iban a vacilarle por la pequeña cola de caballo, lo que significaba que tendría que conservarla durante un tiempo, por principio.

Se encogió de hombros y, hundiendo las manos en los bolsillos de sus gastados vaqueros, echó a andar, mirando a su alrededor. Las flores de Anna, las mecedoras en el porche delantero, los bosques que acosaban el lateral de la casa y por los que había corrido libremente cuando era un muchacho.

El viejo embarcadero que se alzaba sobre el agua y el balandro de vela blanca amarrado a él.

Se quedó mirando, con el rostro, bronceado y de mejillas hundidas, vuelto hacia el agua.

Sus labios, firmes y rellenos, se curvaron en una sonrisa. El peso que le lastraba el corazón, y que no había notado, comenzó a elevarse.

Al oír un ruido procedente del bosque, se volvió. El hombre conservaba lo suficiente del muchacho desconfiado como para que el movimiento fuera rápido y defensivo. De los árboles salió disparada una bala negra.

—¡Bobo!

Su voz tenía una nota de autoridad junto al humor espontáneo. La combinación de ambos hizo que el perro se detuviera a su lado, con la lengua fuera y moviendo las orejas mientras miraba al hombre.

—Venga, que no ha pasado tanto tiempo. —Se acuclilló y extendió una mano—. ¿Te acuerdas de mí?

Bobo puso la sonrisa tonta que le había dado nombre y enseguida se dio la vuelta para que le acariciara la tripa.

—Eso es. Así se hace.

Siempre había habido un perro en aquella casa. Siempre un barco en el embarcadero, una mecedora en el porche y un perro en el patio.

—Sí, me recuerdas.

Mientras acariciaba al animal, dirigió la mirada hasta el extremo más alejado del patio, donde Anna había plantado una hortensia sobre la tumba de su propio perro. El leal y muy amado *Tonto*.

—Me llamo Seth —murmuró—. He estado lejos demasiado tiempo.

Captó el ruido de un motor, el chillido temerario de los frenos al tomar una curva un poquito más rápido de lo permitido por la ley. Mientras se incorporaba, el perro dio un salto y salió disparado hacia la parte delantera de la casa.

Deseando saborear el momento, Seth lo siguió más despacio. Oyó cómo se cerraba la puerta del coche, y después el tono de una voz femenina que hablaba con el perro.

Y luego la miró, Anna Spinelli Quinn, con su rizada mata de pelo negro desordenado por el viento y los brazos llenos de bolsas que acababa de sacar del coche.

La sonrisa se extendió por su rostro mientras ella trataba de deshacerse del cariño desesperado del animal.

—¿Cuántas veces tenemos que repetir esta única y sencilla regla? —preguntó—. Que no te tires sobre la gente, en concreto sobre mí. Y sobre todo cuando llevo traje.

—Un traje precioso —gritó Seth—. Y las piernas, aún mejores.

Ella alzó la cabeza bruscamente, aquellos ojos castaño oscuro se abrieron y le mostraron la sorpresa, el placer y la bienvenida, todo a la vez.

—¡Ay, Dios mío!

Sin pensar en el contenido, soltó las bolsas sobre el asiento del coche. Y corrió.

Seth la atrapó, la alzó un palmo y le dio una vuelta antes de depositarla de nuevo en el suelo. Pero no la soltó. Se li-

mitó a enterrar el rostro en su cabello.

—Hola.

—Seth. Seth. —Se abrazó a él, sin hacer caso al perro, que saltaba y aullaba haciendo todo lo posible por meter el morro entre ellos—. No puedo creerlo. Estás aquí.

—No llores.

—Sólo un poquito. Deja que te mire. —Le enmarcó el rostro entre las manos mientras se echaba hacia atrás, tan hermoso, pensó. Tan adulto—. ¡Cuánto pelo! —murmuró mientras le pasaba una mano por el cabello.

—Tenía intención de cortármelo al menos un poco.

—Me gusta. —Algunas lágrimas seguían cayendo, aunque sonreía—. Es muy bohemio. Tienes un aspecto maravilloso. Absolutamente maravilloso.

—Y tú eres la mujer más bella del mundo.

—Bueno, bueno. —Se sorbió la nariz, movió la cabeza—. Ése no es modo de hacer que pare esto. —Se enjugó las lágrimas—. ¿Cuándo has llegado? Creía que estabas en Roma.

—Estaba, pero quería volver aquí.

—Si hubieras llamado, te habríamos ido a recoger.

—Quería daros una sorpresa. —Se acercó hasta el coche para sacarle las bolsas—. ¿Cam está en el astillero?

—Debería estar. Espera, ya cojo yo eso. Tú tendrás que sacar tus cosas.

—Luego las cojo. ¿Dónde están Kevin y Jake?

Anna avanzó por el sendero con él, mirando el reloj mientras pensaba en sus hijos.

—¿Qué día es hoy? Me sigue dando vueltas la cabeza.

—Jueves.

—Ah, entonces Kevin tiene ensayo de la obra de la escuela y Jake tiene entrenamiento de béisbol. Kevin ya se ha sacado el carné de conducir, Dios nos ayude, así que recogerá a su hermano de camino a casa. —Abrió la puerta delantera—. Deberían estar de vuelta dentro de una hora, y entonces ya no habrá paz en esta tierra.

Era lo mismo, pensó Seth. No importaba de qué color estuvieran pintadas las paredes, que el viejo sofá hubiera sido sustituido por otro o que hubiera una lámpara nueva sobre la mesa. Era lo mismo porque él se sentía igual.

El perro se escurrió por entre sus piernas y salió disparado hacia la cocina.

—Anda, siéntate. —Anna indicó con un gesto la mesa de la cocina, bajo la cual se había tirado *Bobo*, mordisqueando feliz un nudo de cuerda—. Y cuéntamelo todo. ¿Quieres vino?

—Cómo no, en cuanto te ayude a poner cada cosa en su sitio. —Al ver que Anna alzaba las cejas, él se detuvo con una botella de leche en la mano—. ¿Qué?

—Acabo de acordarme de cómo todos, incluido tú, desaparecáis a la hora de colocar la compra.

—Porque siempre decías que poníamos las cosas en el sitio equivocado.

—Lo hacíais siempre, y apostas, para que os echara de la cocina.

—Te coscabas, ¿eh?

—Yo me cosco de todo lo que se refiere a mis chicos. No se me escapa ni una, colega. ¿Te ha pasado algo en Roma?

—No. —Seth siguió sacando cosas de las bolsas. Sabía dónde había que colocar cada una, el lugar habitual en la cocina de Anna—. No tengo problemas, Anna.

«Pero algo te preocupa», pensó ella, y lo dejó pasar por el momento.

—Voy a abrir una buena botella de blanco italiano. Nos tomaremos una copa y así me cuentas todas las cosas maravillosas que has estado haciendo. Parece que han pasado años desde que nos vimos por última vez.

Seth cerró el frigo y se volvió hacia ella.

—Siento no haber podido volver para Navidad.

—Cariño, nos hicimos cargo. Tenías una exposición en enero. Todos nos sentimos tan orgullosos de ti... Cam de-

bió de comprar como cien copias del número de la revista del *Smithsonian* en el que te dedicaban un artículo. El joven artista estadounidense que ha seducido a Europa.

Seth se encogió de hombros con un gesto tan innato de los Quinn que Anna sonrió.

—Venga, siéntate.

—Vale, me siento, pero casi prefiero que me cuentes tú. ¿Cómo está todo el mundo? ¿En qué andan? Empieza por ti.

—Bueno. —Terminó de descorchar la botella y sacó dos vasos—. Últimamente me dedico al trabajo administrativo más que al seguimiento de casos concretos. El trabajo social requiere mucho papeleo, pero no resulta tan gratificante. Entre eso y tener dos adolescentes en casa, no queda tiempo para aburrirse. El astillero sigue prosperando.

Se sentó y le tendió a Seth su vaso.

—Aubrey trabaja allí.

—¿En serio? —Pensar en ella, la chica que era más hermana suya que cualquier pariente de sangre, le hizo sonreír—. ¿Qué tal le va?

—Estupendamente. Es guapa, lista, testaruda y, según Cam, un genio con la madera. Creo que Grace se sintió un poco decepcionada cuando no quiso dedicarse a la danza, pero se hace difícil discutir cuando ves a una hija tuya tan feliz. Y la otra hija de Grace y Ethan, Emily, ha seguido los pasos de su madre en ese aspecto.

—¿Sigue con la idea de irse a Nueva York a finales de agosto?

—Una oportunidad de bailar con la Compañía Norteamericana de Ballet no se presenta todos los días. Va a aprovecharla y se ha jurado llegar a bailarina solista antes de cumplir los veinte años. Deke sale a su padre, es sereno, inteligente y cuando se siente más feliz es al estar en el agua. Cariño, ¿quieres algo para picar?

—No. —Seth extendió una mano hasta cubrir las de Anna.

—Sigue.

—Vale. Phillip sigue siendo el gurú de marketing y publicidad del negocio. Creo que nadie pensaba, ni siquiera él mismo, que llegaría a dejar el estudio de publicidad y la vida en Baltimore para instalarse en St. Chris. Pero ya han pasado, cuántos, catorce años, así que no creo que podamos llamarlo un capricho. Claro que Sybill y él mantienen el apartamento de Nueva York. Ella está trabajando en un nuevo libro.

—Sí, hablé con ella. —Le acarició la cabeza al perro con el pie—. Me contó algo sobre la evolución de la comunidad en el ciberespacio. Sybill es algo serio. ¿Y qué tal los chicos?

—Locos, como cualquier adolescente que se precie. La semana pasada Bram estaba perdidamente enamorado de una chica llamada Chloe. Tal vez ya se le haya pasado. Los intereses de Fiona se dividen entre los chicos y las compras. Pero bueno, tiene catorce años, así que es lo natural.

—Catorce años, joder. Cuando me fui a Europa, aún no había cumplido los diez. Incluso habiéndoles visto de vez en cuando en los últimos años, no me parece..., no me parece posible que Kevin tenga el carné de conducir y que Aub se dedique a construir barcos. Y Bram anda ya detrás de las chicas. Me acuerdo... —Se interrumpió y agitó la cabeza.

—¿De qué?

—Me acuerdo de cuando Grace estaba embarazada de Emily. Era la primera vez que yo veía a alguien que iba a tener un bebé, bueno, alguien que deseaba tenerlo. Parece que hubiera sucedido hace cinco minutos y de pronto Emily se va a Nueva York. ¿Cómo pueden haber pasado dieciocho años, Anna, y sin embargo tú sigues igual que siempre?

—Ay, ¡cómo te he echado de menos! —Anna se rio y le apretó la mano.

—Yo también os he echado de menos. A todos.